

Respuesta a la Señorita Doña Angélica Palma.-

Chorrillos, 22 de Octubre de 1933.

Señorita Doña Angélica Palma.

Mi distinguida y querida amiga:

Tan amena como sus charlas es la inteligente y justiciera carta sobre la corrupción del idioma castellano entre nosotros, que, concediéndome autoridad de que carezco, me ha dirigido Vd. amablemente, aparecida en La Crónica de ayer. Tiene Vd., amiga mía, razón que le sobra. A juzgar por lo que se publica, y aun por las conversaciones que a diario oímos, el Perú no puede ya gloriarse de ser, con Méjico y Colombia, uno de los tres focos de pureza lingüística en la América Española. Significativo y lastimoso desmedro, que se añade a los otros muchos padecidos. Sin acertar con la real asimilación de legítimas y provechosas novedades, seguimos perdiendo a prisa cuanto de tradicional, distinguido, artístico y señoril nos caracterizaba y enaltecía.

El chispeante viajero Paul Morand, en uno de sus ingeniosísimos libros, nos refiere su agradable sorpresa al hallar en la ciudad de Méjico las locuciones sabrosas y opulentas del castellano histórico, tras las híbridas y deslavazadas jerigonzas de diversas regiones hispano-americanas. Y es cierto que, aun desquiciado y convulso por devastadores cataclismos revolucionarios, conserva Méjico el habla de buena cepa, en las páginas de sus poetas y prosistas contemporáneos, y hasta muy graciosos arcaísmos en el decir doméstico, como el frecuente empleo del rancio verbo platicar. Cosa análoga se observa en el giro y corte de los escritos de Colombia y del Ecuador. En cambio, el Perú, dócil en demasía, como siempre, a las

CO-AP 1

CAT: 3

DOC: 765

Fol: 8

sugestiones de las modas extrañas, empeñándose frívolamente en no trasnocharse y quedándose por lo mismo de veras rezagado, se va dejando ganar por el crudo barbarismo idiomático y la disolución gramatical, síntomas lamentables de la indigestión de incoherentes lecturas y de la insubstancial novelería, cuando nó de la mera, vergonzosa y crasa ignorancia.

Señala Vd., en el ramillete de disparates, el estrafalario e innecesarísimo derivado verbal programación. Es típica muestra del proceso degenerativo de una lengua sabia, a manos de la torpeza pedantesca que produce y define todas las decadencias. Esta estrábotica programación supone que del nombre programa han deducido el verbo programar, ya bastante hueco y ridículo; y que, no contentos con tal hallazgo, y en duplicación y competencia con el sustantivo original, han sacado en fin la infeliz programación, no menos superflua y deforme que su hechizo y monstruoso padre. Bajo el impulso del desatino chillón y farandulero, podrían proseguir en sus engendros; y de programación, traer a luz el sustantivo programacionamiento, y sucesivamente programacionamentar, programacionamentación, etc. etc., hasta que se les acaben de enredar la lengua y la mente. Así también, de considerar y consideración llegarían a producir consideracionar y consideracionamiento. A estas repugnantes marañas llamarían sin duda enriquecer el idioma y matizar las ideas; y es verdad, porque lo mal pensado sale pésimamente dicho. No por otro camino la presuntuosa inhabilidad del vulgo barbarizante, destruyó, en la agonía del Imperio Romano, la magnífica ordenación del latín clásico.

Retornan asimismo, para colmo de elegancias, los más ajados y desgarrados galicismos, como los perversos remarcar y

remarcable, merecidamente estigmatizados y expulsos desde fines del siglo XVIII, y el ramplón es por esto que, flor de la chabacanería e inquantable pesadez.

No menos insufribles son ciertos resabios relamidos y lugareños en la conversación familiar. Los antiguos limeñismos eran por lo general expresivos y airosos. Pero ahora, "¿por qué se enturbia, clama Vd. justamente, el donaire del hablar limeño?" Porque disminuyen, respondo, la espontaneidad y el buen tono. Aun entre personas educadas y finas, no es raro que acribillen a un visitante con la siguiente retahila de saludo: Doctor, ¿cómo se conserva Vd., pues? ¿Y su esposa? ¿Y los bebes? El título retumbante de doctor se reserva dondequiera para los médicos, excepto <sup>en</sup> muy pocas repúblicas sudamericanas; y cuando regresamos al Perú nos sorprende que todos los hombres de cierta consideración parezcan galenos. El cómo se conserva Vd., en vez del llano y corriente cómo está Vd., tiene visos de afectación provinciana. El pues final es una excrescencia cargantísima. Insoportable también el remilgo de decir, en el trato diario, esposo, esposa, que tanto y tan certeramente censuraba el ilustre padre de Vd., en lugar de las naturales expresiones marido, mujer o señora; y bebes en lugar de niños. Ascendiendo de la conversación al estilo escrito, es aborrecible el derroche que al presente se hace de los vocablos culturizar y estructura, precisamente cuando más escasea la cultura verdadera, y cuando, rotos o desechados los moldes en todo género, por tacharlos de viejos y de estrechos, no queda sino la suelta y viscosa masa de lo inorgánico. Los malos ejemplos vienen en esto de España; pero aquí los extremamos. ¿Habrá desatino más chistoso y fatuo que hablar de la drástica culturización de los estructurantes, lo que traducido al lenguaje razonable quiere significar la

vigorosa o intensa instrucción de los maestros o de los directores ?

Necesitaríamos un D. Francisco de Quevedo para comentar enigmas semejantes, y navegar tales sirtes y arrecifes de cultura.

Nuestros anticuados liberales y jacobinos de los siglos XVIII y XIX, más o menos acicalados o molondros, extranjerizaban sólo con términos y giros galicistas, que en consecuencia provenían al cabo de una lengua romance, o sea lengua hermana. Hoy los culturales nos menudean barbarismos de las más diversas y lejanas procedencias. La Patria Nueva, con su yancofilia, nos legó un turbión de anglo-americanismos estrepitosos; y es de ver cómo entenebrecen el sentido de las pretensas traducciones de noticias cablegráficas, no obstante la pertinacia y majadería con que se repiten éstas, hasta cuatro y cinco veces en las propias columnas del servicio exterior. En ellas corren parejas la diafanidad del estilo con la discreción y veracidad del fondo; por ejemplo, hace pocos días, una agencia deseosa de lisonjearnos a los hispano-americanos, declaraba muy formalmente que el reingreso de uno de nuestros países en la Liga de las Naciones, y la contrata<sup>en ella</sup>/de técnicos hacendistas para otro, compensaban con creces el retiro de Alemania y el Japón. Para explicarse tales fárragos, hay que atenerse a igual axioma: que a la inconstancia y confusión de pensamientos, corresponden necesariamente los dislates de la forma. Cuando muchos jóvenes intentan combinar, en yuxtaposición absurda de inconciliables ideas, y desafiando el eterno y supremo principio lógico de contradicción, al fascismo con el bolcheviquismo, al hitle-rismo con el marxismo, a la revolución disociadora con la restauración reaccionaria, no es extraño que tanta incongruencia se vista y encubra con lenguaje babélico de despropósitos. Las frases incorrectas delatan ya por sí la incertidumbre de los conceptos y la indecisión de la conducta. Las palabras por fuerza remedan a veces las lecturas en ellos habitua-

les, los compendios y las circulares de Moscú, los prontuarios colectivistas de la post-guerra, para la propaganda subversiva en los arrabales de Viena y de Berlín. Recuerdan la anónima prosapia de las mezcladas turbas en los grandes puertos oceánicos, indiscernible fruto de las marineras y chusmas forasteras; o el légamo de las playas en que se pudren los despojos de naufragios míseros e innumerables. Y en realidad, no de diversa manera, por la mutua contaminación de genuinos y nobles idiomas, han fermentado la algarabía del maltés y la jerga de la lengua franca en las islas orientales del Mediterráneo, y el hórrido papiamento en las posesiones holandesas del Caribe.

El remedio para atajar estos tristes daños, es doble, como lo son sus causas. Por lo que mira al fondo, a la substancia, se llama claridad y trabazón en las ideas, buena dialéctica, método, ilación y consecuencia. Por lo que toca a la forma, a la expresión, todo estriba en la sinceridad y la continuidad; pero esta segunda condición se cifra a su vez en el estudio de las leyes y la historia del lenguaje. Mejor dicho, las reglas brotan de la tradición de la lengua; porque la ley no se conoce ni se formula en materia gramatical sino mediante el proceso, o sea la observación de las series y tendencias en dilatado período literario. Y entre nosotros a duras penas existe en asunto alguno la continuidad; y en especial, cada día se advierten y observan menos las leyes del idioma castellano, porque ignoramos y desdeñamos neciamente sus fuentes y modelos tradicionales, hasta el bochornoso punto de que lo redactado, no ya con afán arcaico, sino con mediana corrección y normal casticismo, comienza a parecer ininteligible, y suscita pueriles objeciones y estupefacciones. Ni es aquí de admitir la disculpa de la relativa juventud de la nación, de ser tales deficiencias naturales en pueblos

nacientes; porque en este terreno el Perú no es ya niño, y la prolongada infantilidad demuestra debilidad mental, ni estamos solos, sino que, por el lenguaje de la inmensa mayoría del país, formamos inseparable parte de la Hispanidad entera, así europea como americana, cuyos ~~destinos~~ <sup>en el fondo,</sup> ~~lignos~~ son, / más aún que solidarios, idénticos. Ni se repitan las sobadas y endeblísimas declamaciones sobre la inevitable rapidez de la evolución lingüística, y los cobardes consejos de rendirse a todos los caprichos del uso indocto, antihistórico y esporádico. Resistir a las mudanzas inconvenientes y arbitrarias, es la exigencia esencial de la civilización y de la vida. Perdurar en su adecuado tipo es, por definición, vivir; y la inestabilidad equivale en lo social a la barbarie. Por eso no creo yo que las lenguas literarias sean indefinidamente mudables y transformables, ni en sus dicciones, ni, mucho menos, en su sintaxis. Un idioma es una forma, una estructura, como gustan decirlo en esta temporada; y un gran idioma histórico y literario es un organismo delicado, un patrimonio estético y hasta ético, que requiere para subsistir cierta fijeza. En los cuerpos adultos, el extraordinario crecimiento es enfermizo y pernicioso; y la proliferación celular desorbitada, no es la salud, sino el cáncer, señal cierta de la vejez y de la muerte. No consiente esta doctrina salvadas en lo tocante a sintaxis y prosodia. Para el simple vocabulario, comparable, en la metáfora biológica propuesta, a la renovación de los tejidos, hay idiomas, como el inglés y el alemán, que toleran mucha mayor vivacidad en la función asimiladora que el nuestro. Las lenguas neolatinas tienen que ser más sobrias en sus adquisiciones, como hijas predilectas y sumisas de la razón analítica, asentadas dentro de precisos límites, reguladas por jerarquía y **equilibrio** estrictos. Ha de procederse en conformidad con su naturaleza peculiar. Bellos vasos que, manejados

con destreza, sirven para encerrar, holgadamente y con lucimiento, las más puras y fragantes esencias del sentir y del pensar; pero, maltratados por rudeza vandálica, se quebrarían o estallarían, con la fragilidad de todo lo complicado y precioso. Muy particularmente el idioma español, sin cerrarse en absoluto a las importaciones exóticas, antes acogiendo con predilección los indigenismos americanos, ha de proceder con parsimonia en la adopción de neologismos; y preferir para los que **exijan** las efectivas necesidades de las épocas, los mismos manantiales greco-latinos de que deriva su claro caudal. Sólo así retendrá su genial hermosura y armonía. Sin dejar de mejorarlo, respetemos su secular mecanismo. El legítimo ensanche de su vocabulario y la aceleración de los giros sintáxicos, han de hacerse con inteligencia, tino, arte y cautela. Que vengan como alimento, para robustecer los músculos, y **nó** como hinchada redundancia, para infartos y adiposidad. Que sean riego fertilizante, y **nó** avenida asoladora y pedregosa. Ni alardeen los iconoclastas de emular los fecundos escombros de la Edad Media: la barbarie pedantesca, sin sencillez, frescura ni ingenuidad, no puede crear, sino sólo estropear lenguas. En la Edad Media de las Cruzadas y la tierna adolescencia de los lenguajes romances, lo que admiramos es la voluntaria regularización, la espontánea y casi instintiva ordenación, que hace equiparable aquella época a un primer Renacimiento; mas ¿qué hombre cuerdo se complacerá de buena fe en el caos precedente al siglo XII, en la caliginosa y estúpida anarquía de todo orden, contra la cual pugnaron ineficaz y gloriosamente Justiniano y Carlomagno? En nuestras mínimas e ínfimas esferas, no contribuyamos a que se repitan y perduren, dentro del mundo contemporáneo y el continente americano, tan amargas vicisitudes. Mantengamos, para evitarlas, los legados primordiales; y el idioma se cuenta entre ellos, porque es prenda de unidad **es-**

piritual, y de civilización superior y diferenciada.

Para algo y mucho de todo esto deben servir las academias, con sus tareas clasificadoras y depuradoras. La Correspondiente de la Lengua en Lima, cuya reorganización fué el último fervoroso empeño del insigne D. Ricardo Palma, yace en letargo, escandaloso por inexplicable, como las más de las instituciones literarias del Perú. ¿Será, acaso, imposible despertarla, para que acuda a poner algún reparo en el diluvio de solecismos y barbarismos que nos anega? Anhele conocer la opinión de sus miembros, y la de personas calificadas como Vd.

Sabe Vd. que es su cordial amigo y apreciador atentísimo,

J. Dela Riva-Aguero